

SE SUSCRIBE.
Cartagena despacho de
Liberato Montells.
vivejas, correspondiente
de A. Saavedra.

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS
Cartagena un mes 2 pels
trimestre 6 id. Provia
cias 7-50. Anuncias y co
municados a precios con
vencionales.

AÑO XXI.—NÚM. 6053

13 DE AGOSTO DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.
Sábado 13 de Agosto de 1881.

ORAN.

RECUERDOS HISTORICOS.

I.

LA CONQUISTA.

La toma de Granada por los reyes católicos habia cerrado el gran periodo del mahometismo en España; esta pudo mirarse por fin libre, pues de ocho siglos de toda opresión estraña. A Boabdil el chico estaba reservado el conducir al Africa las reliquias de una raza degradada; peyayl que al dejar su paraiso, llevó el odio en el corazon, en su menuda esperanza. Bien dice aquella eterna despedida que el poeta pone en la boca del hijo de Muley Hasen:

Adios, adios, mi Granada.
Perla que el alba vertió:
Adios que al partir se queda
Contigo mi corazon.

La Mauritania fué la tierra hospitalaria que dió nueva patria á los descendientes de Muzá; y Orán, Trípoli y Túnez centros fueron desde entonces de sus iras contra España. Este, al par que se hacia dueña de un nuevo mundo, vió levantarse casi en sus mismas puertas un nuevo poder destinado á darla perpetua guerra, ofreciendo el extraño contraste que mientras se daba á conquistar lejanas tierras, las hordas africanas se derramaban por nuestras costas, haciéndolas campos de sus correrias.

La católica Isabel, se nutrió con el deseo de llevar sus armas al Africa. Pero el rey D. Fernando se encargó de cumplirlas, poniendo la empresa en manos de D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Dondeles. La armada destinada al transporte de las tropas iba bajo el mando de D. Ramon de Cardona.

Salió la expedición del puerto de Almería en los primeros dias del mes de Setiembre del año mil quinientos y cinco, y cayendo de improviso sobre la plaza de Mazalquivir, rindiendo, tras obstinada defensa, y desalojando su castillo [11 Setiembre.] No obstante: tan gloriosa conquista, á punto estuvo de perderse por el arrebato irreflexivo del alcaide de los Dondeles, internándose en el pais con solo tres mil hombres, que no pudieron en verse arrollados por la batallita del rey de Telenco.

La anterior conquista siguió la del Peñon de la Gomera, debida al esfuerzo del conde Pedro Navarro, y otra á la iniciativa del cardenal Arzobispo de Toledo D. Francisco Gimenez de Cisneros cuyo zelo religioso no quedó satisfecho con mirar arrojados de nuestra España á los mahometanos, sino que quiso perseguirlos y desalojarlos de

las riberas del mar para cerrarles todos los caminos por donde pudieran tornar á su perdido paraiso.

Tan señaladas victorias produjeron como no podia por menos, sus naturales efectos en el ánimo valeroso del cardenal Cisneros; este con tanto en su propósito llegó á proponer al Rey, nada menos que la conquista de Orán, empresa temeraria, ante la cual hubiera retrocedido otra voluntad menos decidida, ofreciéndose generoso con su persona y con sus caudales. D. Fernando avino gustoso á ella, y en el convenio que hicieron el monarca y el ministro quedó estipulado que este tomara la dirección de la empresa, y que fueran de su cuenta la anticipación de los gastos.

Pocas veces se habrán dado ejemplos de mayor actividad: hombres, buques, pertrechos, artilleria, dinero y cuanto se hizo necesario, todo esto se vió reunido en breve tiempo en el puerto de Cartagena, formando la expedición noventa naves, casi en su totalidad contratadas, con catorce mil hombres de desembarco; número verdaderamente exiguo ante la magnitud de la empresa; solo al cardenal Cisneros pudo ocurrirle atacar con tan escasas fuerzas la principal guarida de la piratería africana. La parte ejecutiva la confió al conde Pedro Navarro, general experimentado y de gran crédito en las cosas de la guerra.

Partió la expedición el 16 de Mayo de 1509. Con viento favorable llegó al siguiente dia, al puerto de Mazalquivir, desde donde se descubria perfectamente la plaza de Orán en vistoso anfiteatro, entre verdes colinas, rodeada de jardines, poblados de higueras, limoneros y naranjos.

Hecho el desembarco, las tropas formáronse convenientemente y se dispusieron para el ataque; el espacio que habian de recorrer era muy corto. Antes de esto, el cardenal Cisneros se presentó al ejército vestido de sus hábitos pontificales, cabalgando en una mula, y con la espada al costado. Varios religiosos del orden de San Francisco marchaban delante de él con la cruz arzobispal de Toledo cantando el himno *Vexilla regis prodeunt*. De esta manera recorrió el cardenal la línea de batalla enardeciendo á los soldados con el entusiasmo de su fé y el fuego de su palabra.

¿No deseábais, les decia, que os trajera á estas playas para vengar tantas afrentas como á los cristianos han hecho aquellos crueles enemigos? Pues bien, ya os he traído para tan magnánima empresa, para defender la causa de Dios, y asegurar para siempre las costas de nuestra patria. ¿Que su diestra poderosa nos defiende en la batalla! Yo tambien vengo á pelear, y en caso necesario morir con vosotros.

Dicho esto, sonó el clarín guerrero, y el anciano cardenal, fiel á su promesa se dispuso á marchar delante de su ejército. Mil y mil voces salieron de las filas victoreando al valeroso Cisneros; y costó gran trabajo para apartarle de los horrores del combate. Cediendo al fin á los ruegos de los capitanes, el Cardenal subió á una eminencia inmediata, desde la cual bendijo á sus soldados, y de allí se retiró á la capilla de San Miguel del castillo de Mazalquivir, para estar, con el otro Moisés, en oración mientras durase la batalla.

Allí pudo escuchar los primeros disparos de la arcabuceria española. Los moros habian coronado las alturas y era preciso desalojarlos de sus posiciones; nuestras tropas les acometieron decididas, y el enemigo, no pudiendo contener su empuje, se vió obligado á replegarse hácia Orán. Cuando esto sucedia la armada batió ya los muros de la plaza que se defendia briosa con sus sesenta piezas de artillería.

Sin embargo, esto no fué bastante á impedir el desembarco de los marinos, al mismo tiempo que las tropas descendian de la sierra, y juntos todos se dirigieron denodados hácia Orán.

No se ocultaba al conde Pedro Navarro lo difícil de la empresa; no ya por temor á la plaza, sino por la muchedumbre de moros, cada vez más compacta que ocupaba una altura inmediata, á la cual tenia que arrollar para poder llegar á aquella. El caudillo cristiano vaciló un momento, y desconfiando de si mismo, fué á consultar al cardenal que encontró postrado en oración ante un crucifijo. La contestación de Cisneros fué breve y decisiva: *la batalla entre Jesucristo y Mahoma, no puede ser dudosa un solo momento, ni tampoco la victoria: id, conde y pelead, que yo os la prometo en el nombre del Señor.*

Navarro volvió con nuevos alientos ante sus soldados, les arengó y se dispuso a la batalla; la escuadra recibe orden de romper sus fuegos contra la plaza, mientras él con sus tropas, divididas en cuatro columnas, auxiliadas por la artillería se dirige á tomar las alturas. Tenás fué la resistencia; millares de flechas caian como lluvia sobre los españoles, al mismo tiempo que se hacian rodar por el monte enormes piedras; nuestros soldados, arrostrándolo todo, suben valerosos á las cumbres donde cobran nuevos bríos, vislumbrando ya una victoria segura; y desalojando al enemigo, una tras otra, de las casas y jardines que habian convertido en parapetos, y arrollándolo en todas partes, revueltos, entremezclados con la morisma, llegan hasta las mismas puertas de Orán, de tal modo que no pudieron

abrirse á los fugitivos por temor de que con ellos penetrasen los españoles en la plaza; los nómadas que venian en auxilio de ella tuvieron que retirarse, y la guarnición falta de este socorro, se retiró al interior, abatida y consternada, esperando el momento de verse acometida allí mismo por el enemigo. Este momento no se hizo esperar.

Soldados y marinos, sin esperar las escalas, se lanzan al asalto, sirviéndose para ello de sus lanzas. El bizarro Sousa, capitán de la guardia del cardenal, fué el primero que al grito de *Santiago y Cisneros*, puso el pié sobre la muralla, y tremolando al viento el estandarte donde se via grabadas las armas de aquel, *victoria*, exclama, *por el arzobispo* *victoria por España* *viva el Arzobispo* contesta una vez unánime, robusta: la voz de millares de combatientes; *victoria! victoria!* repitió el eco á los oídos de Cisneros.

Tras de Sousa, seis banderas ondearon en lo alto de las murallas, y los soldados, dueños ya de las puertas entraban en la plaza por todas partes. Los moros fueron arrollados en sus casas y mezquitas donde pretendieron hacerse fuertes, entregándose despues nuestros soldados al saqueo y al degüello, que fué de lo más horroroso, pues acontecia que el que escapaba de sus manos iba á caer en su huida en las de las tribus árabes que esperaban en las inmediaciones de la plaza para robar y asesinar lo mismo á los amigos que á los enemigos. La noche no fué obstáculo para la continuación de la matanza; el mismo conde Pedro Navarro no pudo contenerla; y solo concluyó cuando nuestros soldados, rendidos de cansancio, cayeron en profundo sueño por las calles y las plazas.

Mantel Gonzalez.

(Se continuará.)

VIAJE DEL CRUCERO ARAGON A GUANTANAMO ISLA DE CUBA.

Este nuevo buque, que salió del Departamento de Cartagena con destino al de Cádiz, en 15 de Junio y de la Bahía de este último en 23 del mismo; llegó al de Guantánamo en 9 de Julio siguiente á las cinco de la mañana; en 15 dias y 17 horas recorrió el trayecto desde Cádiz al punto de su destino; no puede pedirse más si se tiene en cuenta que su viaje lo ha efectuado dos dias con cuatro calderas, cinco con tres y el resto con dos. Si bien el aparejo ha contribuido á su buena marcha, el viento, por lo regular, ha sido fresquito, y hasta flojo de los tres primeros cuadrantes en algunos dias; no obstante de esto ha conseguido tres singladaras de mas de cien leguas: las restantes entre once y doce millas